

# El dolor del pasado y la esperanza en el futuro, en el recuerdo

Tres supervivientes del bombardeo relatan para EL MUNDO DEL PAIS VASCO su experiencia de la tragedia

JOSE LUIS VILLACORTA

BILBAO.— No queda ni un rastro de horror en sus ojos, ni ese velo en la mirada que oculta a veces el rencor fermentado en lo más hondo de quienes durante años sufrieron la imposición del silencio y la mentira. Miran con la franqueza de quienes soportaron con la sencillez propia de los inocentes una tragedia inesperada, una fatalidad irracional y arbitraria que marcó para siempre sus vidas pero a la que enfrentan ese saber extraño que confiere el sufrimiento y que transmite, a quien sabe mirar, un mensaje de serena armonía.

Itziar tenía solo once años cuando, un 26 de abril, un avión cargado de odio le arrancó la niñez y le dejó, fija para siempre en la retina, la imagen de la muerte. Hasta entonces, la guerra no había alterado aún en Gernika el discurrir natural de las

era una masa de fuego total; los edificios no se habían caído aún, desde las ventanas salían las llamas, tengo la impresión de que todo Gernika era llamas».

Más tarde, la búsqueda entre las ruinas de los seres queridos y el encuentro con el padre, hundido:

— Aita, aita!

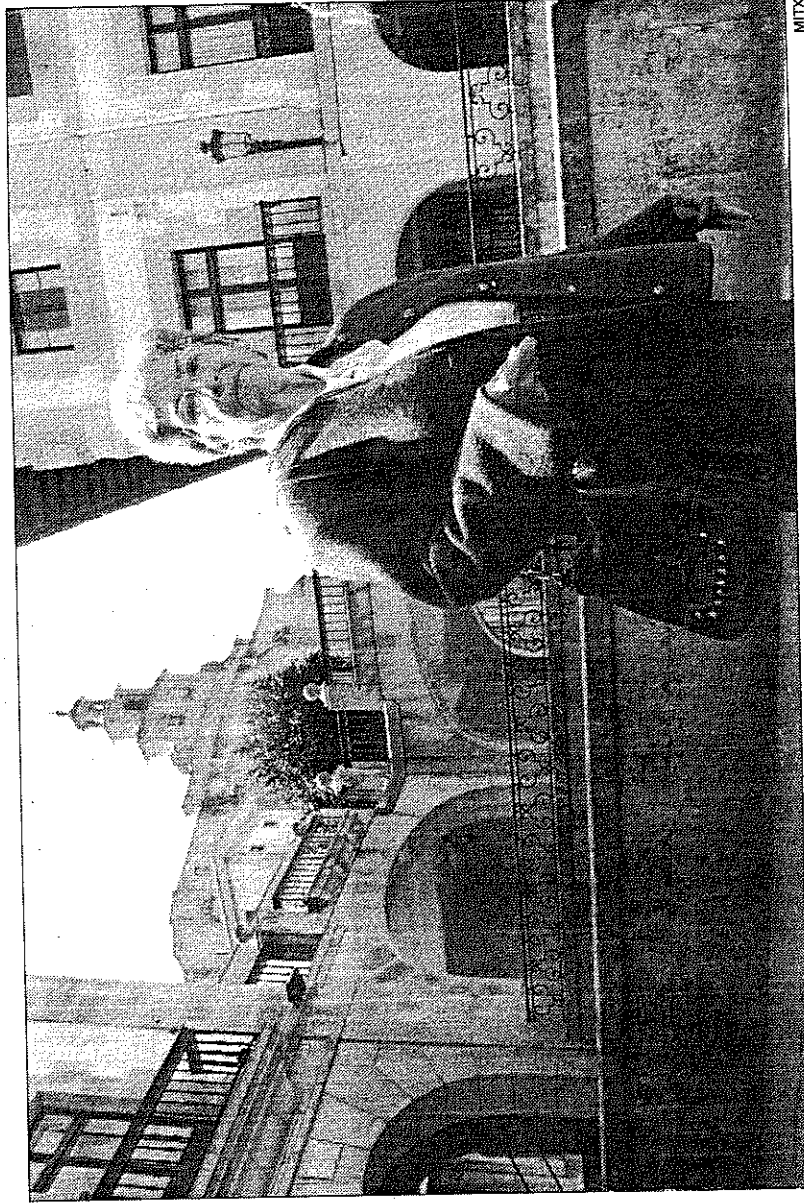
— Zer laztana?

— ¿Qué te pasa, aita?

— ¿Qué me pasa? He estado en una zanja con dos gudaris y tres mujeres y a todos los han matado menos a mí.

«Habían quedado allí los cinco cuerpos y mi padre estaba allí, con la cara ensangrentada».

Y, después, la cárcel del padre y de los hermanos, la confiscación del negocio familiar y «el cielo arriba y la tierra abajo», sin nada para vivir, y, cuando la madre se dirigió al Ayuntamiento, a los nueve años de las ruinas humeantes,



Itziar Arzanegi, junto al Ayuntamiento de la villa foral.

MITXI

ITZIAR ARZANEGI

«El espectáculo era inexplicable, porque Gernika era una masa de fuego total;

IÑAKI ARZANEGI

«Veíamos cómo los aviones tiraban las bombas, bombas incendiarias por

ELVIRA OTAOLA

«— Aita, ten cuidado ¿eh?, cuando toquen las sirenas, escóndete.

airado por respuesta: «Para ustedes, hambre y miseria».

No hay en ella, sin embargo, ni un asomo de rencor. Perdona Itziar el dolor de las tragedias pasadas aunque no olvida: «Olivar no podemos, y creo que ni siquiera debemos porque así no se volverá a repetir más».

En eso coinciden todos; también Iñaki, hermano de Itziar.

(Pasa a página siguiente)

te, llegaban algunos grupos de refugiados desde Gipuzkoa, había batallones acantonados... pero la vida conservaba todavía ese carácter de plácida monotonía propio de los pueblos prósperos y el ritmo rutinario de las labores cotidianas convertía en apenas un rumor lejano el estruendo de la guerra.

Pero aquel lunes, 26 de abril de 1937, la guerra llegó a Gernika.

## ITZIAR ARZANEGI

Superviviente

*«Habían quedado allí los cinco cuerpos y mi padre estaba allí, con la cara ensangrentada»*

A las tres de la tarde, desde la puerta del casero de sus tíos, Itziar vio cómo se acercaban «aviones, más aviones; de tres en tres, y empezaron a dar vueltas por Gernika; una familia guipuzcoana refugiada nos cogió de la mano y nos llevó hacia el monte, pero teníamos que cruzar muchas zanjas, muchos matorrales y los aviones nos venían encima y nos tumbábamos en el suelo y nos arrastrábamos poco a poco, queríamos llegar a un pinar; pasó un tiempo y, al llegar al pinar, vimos dos guardas; nos llamaron y, en éstas, una señora mayor, una viejita, una pobre seguramente... y los aviones empezaron a volar tan bajos y aquel aviador con aquellas gafas y aquella viejita que les insultaba: «Pero qué hacéis sinvergüenzas...» Delante nuestro la mataron, y como a ella a otros muchos».

Tres horas de terror bajo el estruendo de las bombas y, después, la vuelta al caserío destruido y, desde allí, la visión macabra que Itziar no olvidará jamás: «El espectáculo que se veía desde allí, Gernika, era inexplicable, porque

los edificios no se habían caído aún, desde las ventanas salían llamas, tengo la impresión de que todo Gernika eran llamas»

cajas; pero lo más canalla era que en el suelo, no perdaban, la arrastraban con las ametralladoras»

«Evidente, no te apures que en Gernika no pasará nada porque en Gernika hay gente católica. Fueron sus últimas palabras»



M. C.

Iñaki Arzanegi recuerda los momentos del bombardeo en su Gernika natal.